

ta, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos, y nuestros corredores del campo adelante. Llegamos á una fuente que estaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas y reamparamos de tiempos viejos, y dijeron nuestros amigos los tlascaltecas que allí partian términos entre los mejicanos y ellos; y de buen reposo nos paramos á lavar, y á comer de la miseria que habíamos habido, y luego comenzamos á marchar, y fuimos á un pueblo de los tlascaltecas, que se dice Gualioapar, donde nos recibieron y nos daban de comer; mas no tanto, que si no se lo pagábamos con algunas piecezuelas de oro y chalchihuis que llevábamos algunos de nosotros, no nos lo daban de balde; y allí estuvimos un día reposando, curando nuestras heridas, y ansimismo curamos los caballos. Pues cuando lo supieron en la cabecera de Tlascala, luego vino Masse-Escaci y principales, y todos los mas sus vecinos, y Xicotenga el viejo, y Chichimeclatecle y los de Guaxocingo; y como llegaron á aquel pueblo donde estábamos, fueron á abrazar á Cortés y á todos nuestros capitanes y soldados; y llorando algunos de ellos, especial el Masse-Escaci y Xicotenga, y Chichimeclatecle y Tecapaneca, dijeron á Cortés: «¡Oh Malinche, Malinche, y cómo nos pesa de vuestro mal y de todos vuestros hermanos, y de los muchos de los nuestros que con vosotros han muerto; ya os lo habíamos dicho muchas veces, que no os fiádes de gente mejicana, porque de un día á otro os habían de dar guerra; no me quisistes creer: ya es hecho, al presente no se puede hacer mas de curaros y daros de comer; en vuestras casas estáis, descansad, é irémos luego á nuestro pueblo y os aposentaremos; y no pienses, Malinche, que habeis hecho poco en escapar con las vidas de aquella tan fuerte ciudad y sus puentes; é yo digo que si de antes os teníamos por muy esforzados, ahora os tenemos en mucho mas. Bien sé que lloran muchas mujeres é indios destos nuestros pueblos las muertes de sus hijos y maridos y hermanos y parientes; no te congojes por ello, y mucho debes á tus dioses, que te han aportado aquí, y salido de entre tanta multitud de guerreros que os aguardaban en lo de Obtumba, que cuatro dias habia que lo supe que os esperaban para os matar. Yo queria iren vuestra busca con treinta mil guerreros de los nuestros, y no pude salir, á causa que no estábamos juntos y los andaba juntando.» Cortés y todos nuestros capitanes y soldados los abrazamos, y les dijimos que se lo teníamos en merced, y Cortés les dió á todos los principales joyas de oro y piedras que todavía se escaparon, cada cual soldado lo que pudo; y ansimesmo dimos algunos de nosotros á nuestros conocidos de lo que teníamos. Pues qué fiesta y alegría mostraron con doña Luisa y con doña Marina cuando las vieron en salvamento, y qué llorar, y qué tristeza tenían por los demás indios que no venian, que se quedaron muertos, en especial el Masse-Escaci por su hija doña Elvira, y lloraba la muerte de Juan Velazquez de Leon, á quien la dió. Y desta manera fuimos á la cabeza de Tlascala con todos los caciques, y á Cortés aposentaron en las casas de Masse-Escaci, y Xicotenga dió sus aposentos á Pedro de Albarado, y allí nos curamos y tornamos á

convalecer, y aun se murieron cuatro soldados de las heridas, y á otros soldados no se les habian sanado. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas pasó.

## CAPITULO CXXIX.

Cómo fuimos á la cabecera y mayor pueblo de Tlascala, y lo que allí pasamos.

Pues como habia un dia que estábamos en el pueblezuelo de Gualioapar, y los caciques de Tlascala por mí nombrados nos hicieron aquellos ofrecimientos, que son dignos de no olvidar y de ser gratificados, y hechos en tal tiempo y coyuntura; después que fuimos á la cabeza y pueblo mayor de Tlascala, nos aposentaron, como dicho tengo, parece ser que Cortés preguntó por el oro que habian traído allí, que eran cuarenta mil pesos; el cual oro fueron las partes de los vecinos que quedaban en la Villa-Rica; y dijo Masse-Escaci y Xicotenga el viejo y un soldado de los nuestros, que se habia allí quedado doliente, que no se halló en lo de Méjico cuando nos desbarataron, que habian venido de la Villa-Rica un Juan de Alcántara y otros dos vecinos, é que lo llevaron todo porque traian cartas de Cortés para que se lo diesen; la cual carta mostró el soldado, que habia dejado en poder del Masse-Escaci cuando le dieron el oro; y preguntando cómo y cuándo y en qué tiempo lo llevó, y sabido que fué, por la cuenta de los dias, cuando nos daban guerra los mejicanos, luego entendimos cómo en el camino habian muerto y tornado el oro, y Cortés hizo sentimiento por ello; y tambien estábamos con pena por no saber de los de la Villa-Rica, no hubiesen corrido algún desman; y luego por la posta escribió con tres tlascaltecas, en que les hizo saber los grandes peligros que en Méjico nos habíamos visto, y cómo y de qué manera escapamos con las vidas, y no se les dió relacion de cuántos faltaban de los nuestros; y que mirasen que siempre estuviesen muy alertos y se velasen; y que si hubiese algunos soldados sanos se los enviasen, y que guardasen muy bien al Narvaez y al Salvatierra; y si hubiese pólvora ó ballestas, porque queria tornar á correr los rededores de Méjico; y tambien escribió al capitán que quedó por guarda y capitán de la mar, que se decia Caballero, y que mirase no fuese ningun navío á Cuba ni Narvaez se soltase; y que si viesse que dos navíos de los de Narvaez, que quedaban en el puerto, no estaban para navegar, que diese con ellos al través, y le enviase los marineros con todas las armas que tuviesen; y por la posta fueron y volvieron los mensajeros, y trajeron cartas que no habian tenido guerras; que un Juan de Alcántara y los dos vecinos que enviaron por el oro, que los deben de haber muerto en el camino; y que bien supieron la guerra que en Méjico nos dieron, porque el cacique gordo de Cempoal se lo habia dicho; y ansimismo escribió el almirante de la mar, que se decia Pedro Caballero, y dijeron que harian lo que Cortés les mandaba, é enviaria los soldados, é que el un navío estaba bueno, y que al otro daría al través y enviaria la gente, é que habia pocos marineros, porque habian adolescido y se habian muerto, y que agora escribian las respuestas de las cartas; y luego vinieron con el socorro que enviaban de la Villa-Rica, que fueron cuatro hombres con tres de

la mar, que todos fueron siete, y venia por capitán de ellos un soldado que se decia Lencero, cuya fué la venta que agora dicen de Lencero. Y cuando llegaron á Tlascala, como venian dolientes y flacos, muchas veces por nuestro pasatiempo y burlar dellos decíamos: «El socorro del Lencero; que venian siete soldados, y los cinco llenos de bubas y los dos hinchados, con grandes barrigas.» Dejemos burlas, y digamos lo que allí en Tlascala nos aconteció con Xicotenga el mozo, y de su mala voluntad, el cual habia sido capitán de toda Tlascala cuando nos dieron las guerras por mí otras veces dichas en el capítulo que dello habla. Y es el caso que, como se supo en aquella su ciudad que salimos huyendo de Méjico y que nos habian muerto mucha copia de soldados, así de los nuestros como de los indios tlascaltecas que habian ido de Tlascala en nuestra compañía, y que veníamos á nos socorrer é amparar en aquella provincia, el Xicotenga el mozo andaba convocando á todos sus parientes y amigos, y á otros que sentia que eran de su parcialidad, y les decia que en una noche, ó de dia, cuando mas aparejado tiempo viesen, que nos matasen, y que haria amistades con el señor de Méjico, que en aquella sazón habian alzado por rey á uno que se decia Coadlauaca; y que demás desto, que en las mantas y ropa que habíamos dejado en Tlascala á guardar y el oro que agora sacábamos de Méjico tendrían qué robar, y quedarían todos ricos con ello; lo cual alcanzó á saber el viejo Xicotenga, su padre, y se lo riñó, y le dijo que no le pasase tal por el pensamiento, que era mal hecho; y que si lo alcanzase á saber Masse-Escaci y Chichimeclatecle, que por ventura le matarian, y al que en tal concierto fuese; y por mas que el padre se lo riñó, no curaba de lo que le decia, y todavía entendia en su mal propósito; y vino á oídos de Chichimeclatecle, que era su enemigo mortal del mozo Xicotenga, y lo dijo á Masse-Escaci, y acordaron entrar en acuerdo y como cabildo; y sobre ello llamaron al Xicotenga el viejo y los caciques de Guaxocingo, y mandaron traer preso ante sí á Xicotenga el mozo, y Masse-Escaci propuso un razonamiento delante de todos, y dijo que si se les acordaba ó habian oído decir de mas de cien años hasta entonces que en toda Tlascala habian estado tan prósperos y ricos como después que los teules vinieron á sus tierras, ni en todas sus provincias habian sido en tanto temidos, y que tenian mucha ropa de algodón y oro, y comían sal, la que hasta allí no solian comer; y por do quiera que iban de sus tlascaltecas con los teules les hacian honra por su respeto, puesto que ahora les habian muerto en Méjico muchos dellos; y que tengan en la memoria lo que sus antepasados les habian dicho muchos años atrás, que de adonde sale el sol habian de venir hombres que les habian de señorear; é que já qué causa agora andaba Xicotenga en aquellas traiciones y maldades, concertando de nos dar guerra y matarnos? Que era mal hecho, é que no podia dar ninguna disculpa de sus bellaquerías y maldades, que siempre tenia encerradas en su pecho; y agora que los veía venir de aquella manera desbaratados, que nos habia de ayudar para en estando sanos volver sobre los pueblos de Méjico, sus enemigos, queria hacer aquella traición. Y á estas palabras que el Masse-Escaci y su padre Xi-

cotenga el ciego le dijeron, el Xicotenga el mozo respondió que era muy bien acordado lo que decia por tener paces con mejicanos, y dijo otras cosas que no pudieron sufrir; y luego se levantó el Masse-Escaci y el Chichimeclatecle y el viejo de su padre, ciego como estaba, y tomaron al Xicotenga el mozo por los cabezones y de las mantas, y se las rompieron, y á empujones y con palabras injuriosas que le dijeron, le echaron de las gradas abajo donde estaba, y las mantas todas rompidas; y aun si por el padre no fuera, le querian matar, y á los demás que habian sido en su consejo echaron presos; y como estábamos allí retraídos, y no era tiempo de le castigar, no osó Cortés hablar mas en ello. He traído esto aquí á la memoria para que vean de cuánta lealtad y buenos fueron los de Tlascala, y cuánto les debemos, y aun al buen viejo Xicotenga, que á su hijo dicen que le habia mandado matar luego que supo sus tramas y traición. Dejemos esto, y digamos cómo habia veinte y dos dias que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas y convaleciendo, y acordó Cortés que fuésemos á la provincia de Tepeaca, que estaba cerca, porque allí habian muerto muchos de nuestros soldados y de los de Narvaez, que se venian á Méjico, y en otros pueblos que están junto de Tepeaca, que se dice Cachula; y como Cortés lo dijo á nuestros capitanes, y apercebían á los soldados de Narvaez para ir á la guerra, y como no eran tan acostumbrados á guerras y habian escapado de la rota de Méjico y puentes de lo de Obtumba, y no vian la hora de se volver á la isla de Cuba á sus indios é minas de oro, renegaban de Cortés y de sus conquistas, especial el Andrés de Duero, compañero de nuestro Cortés; porque ya lo habrán entendido los curiosos lectores en dos veces que lo he declarado en los capítulos pasados, cómo y de qué manera fué la compañía; maldecian el oro que le habia dado á él y á los demás capitanes, que todo se habia perdido en las puentes, como habian visto las grandes guerras que nos daban, y con haber escapado con las vidas estaban muy contentos; y acordaron de decir á Cortés que no querian ir á Tepeaca ni á guerra ninguna, sino que se querian volver á sus casas; que bastaba lo que habian perdido en haber venido de Cuba; y Cortés les habló muy mansa y amorosamente, creyendo de los atraer para que fuesen con nosotros á lo de Tepeaca; y por mas pláticas y reprensiones que les dió, no querian; y como vieron los de Narvaez que con Cortés no aprovechaban sus palabras, le hicieron requerimiento en forma delante de un escribano del Rey para que luego se fuese á la Villa-Rica, poniéndole por delante que no teníamos caballos ni escopetas ni ballestas ni pólvora, ni hilo para hacer cuerdas, ni almacén; que estábamos heridos, y que no habian quedado por todos nuestros soldados y los de Narvaez sino cuatrocientos y cuarenta soldados; que los mejicanos nos tomarian todos los puertos y sierras y pasos, é que los navíos, si mas aguardaban, se comerian de broma; y dijeron en el requerimiento otras muchas cosas. Y cuando se le hubieron dado y leído el requerimiento á Cortés, si muchas palabras decian en él, muy muchas mas contrariedades respondió; y demás desto, todos los mas de nosotros de los que habíamos pasado con Cortés le dijo-



mos que mirase que no diese licencia á ninguno de los de Narvaez ni á otras personas para volver á Cuba, sino que procurásemos todos de servir á Dios é al Rey; é que esto era lo bueno, y no volverse á Cuba. Cuando Cortés hubo respondido al requerimiento, como vieron las personas que le estaban requiriendo que muchos de nosotros ayudáramos el intento de Cortés y que les estorbáramos sus grandes importunaciones que sobre ello le hablaban y requerian, con no mas de que decíamos que no es servicio de Dios ni de su majestad que dejen desamparado su capitan en las guerras, en fin de muchas razones que pasaron, obedecieron para ir con nosotros á las entradas que se ofreciesen; mas fué que les prometió Cortés que en habiendo coyuntura los dejaría volver á su isla de Cuba; y no por aquesto dejaron de murmurar dél y de su conquista, que tan caro les habia costado en dejar sus casas y reposo y haberse venido á meter adonde no estaban seguros de las vidas; y mas decian, que si en otra guerra entrásemos con el poder de Méjico, que no se podría excusar tarde ó temprano de tenella, que creian é tenían por cierto que no nos podríamos sustentar contra ellos en las batallas, segun habian visto lo de Méjico y puentes, y en la nombrada de Obtumba; y mas decian, que nuestro Cortés por mandar y siempre ser señor, y nosotros los que con él pasábamos no tener que perder sino nuestras personas, asistíamos con él; y decian otros muchos desatinos, y todo se les disimulaba por el tiempo en que lo decian; mas no tardaron muchos meses que no les dió licencia para que se volvieran á sus casas; lo cual diré en su tiempo y sazón. Y dejémoslo de repetir, y digamos de lo que dice el coronista Gómora, que yo estoy muy harto de declarar sus borrones, que dice que le informaron; las cuales informaciones no son así como él lo escribe; y por no me detener en todos los capítulos á tornallos á recitar y traer á la memoria cómo y de qué manera pasó, lo he dejado de escribir; y ahora pareciéndome que en esto de este requerimiento que escribe que hicieron á Cortés no dice quién fueron los que lo hicieron, si eran de los nuestros ó de los de Narvaez, y en esto que escribe es por sublimar á Cortés y abatir á nosotros los que con él pasamos; y sepan que hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos que esto vemos escrito, que le debieron de granjear al Gómora con dádivas porque lo escribiese desta manera, porque en todas las batallas y reencuentros éramos los que sosteníamos á Cortés, y ahora nos aniquila en lo que dice este coronista que le requeríamos. Tambien dice que decia Cortés en las respuestas del mismo requerimiento que para animarnos y esforzarnos que enviará á llamar á Juan Velazquez de Leon y al Diego de Ordás, que el uno dellos dijo estaba poblado en lo de Pánuco con trecientos soldados, y el otro en lo de Guacacualco con otros soldados, y no es así; porque luego que fuimos sobre Méjico al socorro de Pedro de Albarado, cesaron los conciertos que estaban hechos, que Juan Velazquez de Leon habia de ir á lo de Pánuco y el Diego de Ordás á lo de Guacacualco, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado que sobre ello tengo hecha relacion; porque estos dos capitanes fueron á Méjico con nosotros al socorro de Pedro de Albarado,

y en aquella derrota el Juan Velazquez de Leon quedó muerto en las puentes, y el Diego de Ordás salió muy mal herido de tres heridas que le dieron en Méjico, segun ya lo tengo escrito cómo y cuándo y de qué arte pasó. Por manera que el coronista Gómora, si como tiene buena retórica en lo que escribe, acertara á decir lo que pasó, muy bien fuera. Tambien he estado mirando cuando dice en lo de la batalla de Obtumba, que dice que si no fuera por la persona de Cortés que todos fuéramos vencidos, y que él solo fué el que la venció en el dar, como dió el encuentro al que traia el estandarte y seña de Méjico. Ya he dicho, y lo torno agora á decir, que á Cortés toda la honra se le debe, como bueno y esforzado capitan; mas sobre todo hemos de dar gracias á Dios, que él fué servido poner su divina misericordia, con que siempre nos ayudaba y sustentaba; y Cortés en tener tan esforzados y valerosos capitanes y valientes soldados como tenia; é después de Dios, con nosotros le dábamos esfuerzo y rompíamos los escuadrones y le sustentábamos, para que con nuestra ayuda y de nuestros capitanes guerreasen de la manera que guerreáramos, como en los capítulos pasados sobre ello dicho tengo; porque siempre andaban juntos con Cortés todos los capitanes por mí nombrados, y aun agora los torno á nombrar, que fueron Pedro de Albarado, Cristóbal de Olí, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla, Luis Marin, Francisco de Lugo y Gonzalo Dominguez, y otros muy buenos y valientes soldados que no alcanzábamos caballos; porque en aquel tiempo diez y seis caballos y yeguas fueron los que pasaron desde la isla de Cuba con Cortés, y no los habia, aunque nos costaran á mil pesos; y como el Gómora dice en su Historia que solo la persona de Cortés fué el que venció lo de Obtumba, ¿por qué no declaró los heróicos hechos que estos nuestros capitanes y valerosos soldados hicimos en esta batalla? Así que, por estas causas tenemos por cierto que por ensalzar á Cortés solo lo dijo, porque de nosotros no hace mencion; sino, pregúntesele á aquel muy esforzado soldado que se decia Cristóbal de Olea, cuántas veces se halló en ayudar á salvar la vida á Cortés, hasta que en las puentes cuando volvimos sobre Méjico perdió la vida él y otros muchos soldados por le salvar. Olvidádoseme habia de otra vez que le salvó en lo de Suchimileco, que quedó mal herido el Olea; é para que bien se entienda esto que digo, uno fué Cristóbal de Olea y otro Cristóbal de Olí. Tambien lo que dice el coronista en lo del encuentro con el caballo que dió al capitan mejicano y le hizo abatir la bandera, así es verdad; mas ya he dicho otra vez que un Juan de Salamanca, natural de la villa de Ontiveros, que después de ganado Méjico fué alcalde mayor de Guacacualco, es el que le dió una lanzada y le mató y quitó el rico penacho que llevaba, y se le dió el Salamanca á Cortés; y su majestad, el tiempo andando, lo dió por armas al Salamanca; y esto he traído aquí á la memoria, no por dejar de ensalzar y tenelle en mucha estima á nuestro capitan Cortés, y débesele todo honor y prez é honra de todas las batallas é vencimientos hasta que ganamos esta Nueva-España, como se suele dar en Castilla á los muy nombrados capitanes, y como los romanos daban triunfos á Pompeyo y Julio César y á los Cipiones; mas

digno de loores es nuestro Cortés que no los romanos. Tambien dice el mismo Gómora que Cortés mandó matar secretamente á Xicotenga el mozo en Tlascalca por las traiciones que andaba concertando para nos matar, como antes he dicho. No pasa así como dice; que donde le mandó ahorcar fué en un pueblo junto á Tezcuco, como adelante diré sobre qué fué; y tambien dice este coronista que iban tantos millares de indios con nosotros á las entradas, que no tiene cuenta ni razon en tantos como pone; y tambien dice de las ciudades y pueblos y poblaciones que eran tantos millares de casas, no siendo la quinta parte; que si se suma todo lo que pone en su Historia, son mas millones de hombres que en toda Castilla están poblados, y eso se le da poner mil que ochenta mil, y en esto se jacta, creyendo que va muy apacible su Historia á los oyentes no diciendo lo que pasó; miren los curiosos lectores cuánto va de su historia á esta mi relacion, en decir letra por letra lo acaecido, y no miren la retórica ni ornato; que ya cosa vista es que es mas apacible que no esta tan grosera mia; mas suple la verdad la falta de plática y corta retórica. Dejemos ya de contar ni de traer á la memoria los borrones declarados, y cómo yo soy mas obligado á decir la verdad de todo lo que pasa que no á lisonjas; y demás del daño que hizo con no ser bien informado, ha dado ocasion que el doctor Illéscas y Pablo Jobio se sigan por sus palabras. Volvamos á nuestra historia, y digamos cómo acordamos ir sobre Tepeaca; y lo que pasó en la entrada diré adelante.

## CAPITULO CXXX.

Cómo fuimos á la provincia de Tepeaca, y lo que en ella hicimos; y otras cosas que pasaron.

Como Cortés habia pedido á los caciques de Tlascalca, ya otras veces por mí nombrados, cinco mil hombres de guerra para ir á correr y castigar los pueblos adonde habian muerto españoles, que era á Tepeaca y Cachula y Tecamachalco, que estaria de Tlascalca seis ó siete leguas, de muy entera voluntad tenian aparejados hasta cuatro mil indios; porque, si mucha voluntad teniamos nosotros de ir á aquellos pueblos, mucha mas gana tenian el Masse-Escaci y Xicotenga el viejo, porque les habian venido á robar unas estancias y tenian voluntad de enviar gente de guerra sobre ellos, y la causa fué esta: porque, como los mejicanos nos echaron de Méjico, segun y de la manera que dicho tengo en los capítulos pasados que sobre ello hablan, y supieron que en Tlascalca nos habíamos recogido, y tuvieron por cierto que en estando sanos que habíamos de venir con el poder de Tlascalca á cortalles las tierras de los pueblos que mas cercanos confinan con Tlascalca; á este efeto enviaron á todas las provincias adonde sentian que habíamos de ir muchos escuadrones mejicanos de guerreros que estuviesen en guarda y guarniciones, y en Tepeaca estaba la mayor guarnicion dellos. Lo cual supo el Masse-Escaci y el Xicotenga, y aun se temian dellos. Pues ya que todos estábamos á punto, comenzamos á caminar, y en aquella jornada no llevamos artillería ni escopetas, porque todo quedó en las puentes; é ya que algunas escopetas escaparon, no teniamos pólvora; y fuimos con diez y siete de á caballo y seis ballestas y cuatrocientos y veinte

soldados, los mas de espada y rodela, y con obra de cuatro mil amigos de Tlascalca y el bastimento para un dia; porque las tierras adonde íbamos era muy poblado y bien abastecido de maíz y gallinas y perrillos de la tierra; y como lo teniamos de costumbre, nuestros corredores del campo adelante; y con muy buen concierto fuimos á dormir obra de tres leguas de Tepeaca. E ya tenian alzado todo el fardaje de las estancias y poblacion por donde pasamos, porque muy bien tuvieron noticia cómo íbamos á su pueblo; é porque ninguna cosa hiciésemos sino por buena orden y justificadamente, Cortés les envió á decir con seis indios de su pueblo de Tepeaca, que habíamos tomado en aquella estancia, que para aquel efeto los prendimos, é con cuatro de sus mujeres, cómo íbamos á su pueblo á saber é inquirir quién y cuántos se hallaron en la muerte de mas de diez y ocho españoles que mataron sin causa ninguna, viniendo camino para Méjico; y tambien veniamos á saber á qué causa tenian agora nuevamente muchos escuadrones mejicanos, que con ellos habian ido á robar y saltar unas estancias de Tlascalca, nuestros amigos; que les ruega que luego vengán de paz adonde estábamos para ser nuestros amigos, y que despidan de su pueblo á los mejicanos; si no, que iremos contra ellos como rebeldes y matadores y salteadores de caminos, y les castigaria á fuego y sangre y los daria por esclavos; y como fueron aquellos seis indios y cuatro mujeres del mismo pueblo, si muy fieras palabras les enviaron á decir, mucho mas bravosa nos dieron la respuesta con los mismos seis indios y dos mejicanos que venian con ellos; porque muy bien conocido tenian de nosotros que á ningunos mensajeros que nos enviaban hacíamos ninguna demasia, sino antes dalles algunas cuentas para atracillos; y con estos que nos enviaron los de Tepeaca, fueron las palabras bravosas dichas por los capitanes mejicanos, como estaban vitoriosos de lo de las puentes de Méjico; y Cortés les mandó dar á cada mensajero una manta, y conellos les tornó á requerir que viniesen á le ver y hablar y que no hubiesen miedo; é que pues ya los españoles que habian muerto no los podian dar vivos, que vengán ellos de paz y se les perdonará todos los muertos que mataron; y sobre ello se les escribió una carta; y aunque sabíamos que no la habian de entender, sino como vian papel de Castilla tenian por muy cierto que era cosa de mandamiento; y rogó á los dos mejicanos que venian con los de Tepeaca como mensajeros, que volvieran á traer la respuesta, y volvieron; y lo que dijeron era, que no pasásemos adelante y que no volviésemos por donde veniamos, sino que otro dia pensaban tener buenas hartazgas con nuestros cuerpos, mayores que las de Méjico y sus puentes y la de Obtumba; y como aquello vió Cortés comunicólo con todos nuestros capitanes y soldados, y fué acordado que se hiciese un auto por ante escribano que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos á todos los aliados de Méjico que hubiesen muerto españoles, porque habiendo dado la obediencia á su majestad, se levantaron y mataron sobre ochocientos y sesenta de los nuestros y sesenta caballos, y á los demás pueblos por salteadores de caminos y matadores de hombres; é hecho este auto, enviéseles á hacer saber, amonestándolos y requirién-



do con la paz; y ellos tornaron á decir que si luego no nos volvíamos, que saldrían á nos matar; y se apercebieron para ello, y nosotros lo mismo. Otro día tuvimos en un llano una buena batalla con los mejicanos y tepeaqueños; y como el campo era labranzas de maíz é maqueyales, puesto que peleaban valerosamente los mejicanos, presto fueron desbaratados por los de á caballo, y los que no los teníamos no estábamos de espacio; pues ver á nuestros amigos de Tlascala tan animosos cómo peleaban con ellos y les siguieron el alcance; allí hubo muertes de los mejicanos y de Tepeaca muchos, y de nuestros amigos los de Tlascala tres, y hirieron dos caballos, el uno se murió, y también hirieron doce de nuestros soldados, mas no de suerte que peligró ninguno. Pues seguida la vitoria, allegáronse muchas indias y muchachos que se tomaron por los campos y casas; que hombres no curábamos dellos, que los tlascaltecas los llevaban por esclavos. Pues como los de Tepeaca vieron que con el bravear que hacían los mejicanos que tenían en su pueblo y guarnición eran desbaratados, y ellos juntamente con ellos, acordaron que sin decirles cosa ninguna viniesen adonde estábamos; y los recibimos de paz y dieron la obediencia á su majestad, y echaron los mejicanos de sus casas, y nos fuimos nosotros al pueblo de Tepeaca, adonde se fundó una villa que se nombró la villa de Segura de la Frontera, porque estaba en el camino de la Villa-Rica, en una buena comarca de buenos pueblos sujetos á Méjico, y había mucho maíz, y guardaban la raya nuestros amigos los de Tlascala; y allí se nombraron alcaldes y regidores, y se dió orden en cómo se corriese los rededores sujetos á Méjico, en especial los pueblos adonde habían muerto españoles; y allí hicieron hacer el hierro con que se habían de herir los que se tomaban por esclavos, que era una G, que quiere decir guerra. Y desde la villa de Segura de la Frontera corrimos todos los rededores, que fué Cachula y Tecamechalco y el pueblo de las Guayaguas, y otros pueblos que no se me acuerda el nombre; y en lo de Cachula fué adonde habían muerto en los aposentos quince españoles; y en este de Cachula hubimos muchos esclavos, de manera que en obra de cuarenta días tuvimos aquellos pueblos pacíficos y castigados. Ya en aquella sazón habían alzado en Méjico otro señor por rey, porque el señor que nos echó de Méjico era fallecido de viruelas, y aquel señor que hicieron rey era un sobrino ó pariente muy cercano del gran Montezuma, que se decía Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado; y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél; y estaba casado con una hija de Montezuma, bien hermosa mujer para ser india; y como este Guatemuz, señor de Méjico, supo cómo habíamos desbaratado los escuadrones mejicanos que estaban en Tepeaca, y que habían dado la obediencia á su majestad del emperador Carlos V, y nos servían y daban de comer, y estábamos allí poblados; y temió que les correríamos lo de Guaxaca y otras provincias, y que á todos les atraeríamos á nuestra amistad, envió á sus mensajeros por todos los pueblos para que estuviesen muy alerta con todas sus armas, y á los caciques les daba joyas de oro, y á otros perdonaba los tributos; y

sobre todo, mandaba ir muy grandes capitanes y guarniciones de gente de guerra para que mirasen no les entrásemos en sus tierras; y les enviaba á decir que peleasen muy reciamente con nosotros, no les acaciese como en lo de Tepeaca, adonde estaba nuestra villa doce leguas. Para que bien se entiendan los nombres de estos pueblos, un nombre es Cachula, otro nombre es Guacachula. Y dejaré de contar lo que en Guacachula se hizo, hasta su tiempo y lugar; y diré cómo en aquel tiempo é instante vinieron de la Villa-Rica mensajeros cómo había venido un navío de Cuba, y ciertos soldados en él.

## CAPITULO CXXXI.

Cómo vino un navío de Cuba que enviaba Diego Velazquez, é venia en él por capitán Pedro Barba, y la manera que el almirante que dejó nuestro Cortés por guarda de la mar tenía para los prender, y es desta manera.

Pues como andábamos en aquella provincia de Tepeaca, castigando á los que fueron en la muerte de nuestros compañeros, que fueron diez y ocho los que mataron en aquellos pueblos, y atrayéndolos de paz, y todos daban la obediencia á su majestad; vinieron cartas de la Villa-Rica cómo había venido un navío al puerto, y vino en él por capitán un hidalgo que se decía Pedro Barba, que era muy amigo de Cortés; y este Pedro Barba había estado por teniente del Diego Velazquez en la Habana, y traía trece soldados y un caballo y una yegua, porque el navío que traía era muy chico; y traía cartas para Pánfilo de Narvaez, el capitán que Diego Velazquez había enviado contra nosotros, creyendo que estaba por él la Nueva-España, en que le enviaba á decir el Diego Velazquez que si acaso no había muerto á Cortés, que luego se le enviase preso á Cuba, para enviarse á Castilla, que así lo mandaba don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, presidente de Indias, que luego fuese preso con otros de nuestros capitanes; porque el Diego Velazquez tenía por cierto que éramos desbaratados, ó á lo menos que Narvaez señoreaba la Nueva-España. Pues como el Pedro Barba llegó al puerto con su navío y echó anclas, luego le fué á visitar y dar el bien venido el almirante de la mar que puso Cortés, el cual se decía Pedro Caballero ó Juan Caballero, otras veces por mí nombrado, con un batel bien esquipado de marineros y armas encubiertas, y fué al navío de Pedro Barba; y después de hablar palabras de buen comedimiento, qué tal viene vuestra merced, y quitar las gorras y abrazarse unos á otros, como se suele hacer, preguntó el Pedro Caballero por el señor Diego Velazquez, gobernador de Cuba, qué tal queda, y responde el Pedro Barba que bueno; y el Pedro Barba y los demás que consigo traían preguntan por el señor Pánfilo de Narvaez, y cómo le va con Cortés; y responden que muy bien, é que Cortés anda huyendo y alzado con veinte de sus compañeros, é que Narvaez está muy próspero é rico, y que la tierra es muy buena; y de plática en plática le dicen al Pedro Barba que allí junto estaba un pueblo, que desembarque é que se vayan á dormir y estar en él, que les traerán comida y lo que hubieren menester, que para solo aquello estaba señalado aquel pueblo; y tantas palabras les dicen, que en el batel y en otros que luego allí

venían de los otros navíos que estaban surtos les sacaron en tierra, y cuando los vieron fuera del navío, y tenían copia de marineros junto con el almirante Pedro Caballero, dijeron al Pedro Barba: «Sed preso por el señor capitán Cortés, mi señor;» y así los prendieron, y quedaban espantados, y luego les sacaban del navío las velas y timón y agujas, y los enviaban adonde estábamos con Cortés en Tepeaca; por los cuales habíamos gran placer, con el socorro que venía en el mejor tiempo que podía ser; porque en aquellas entradas que he dicho que hacíamos, no eran tan en salvo, que muchos de nuestros soldados no quedábamos heridos, y otros adolecían del trabajo; porque, de sangre y polvo que estaba cuajado en las entrañas, no echábamos otra cosa del cuerpo y por la boca, como traíamos siempre las armas áuestas y no parar noches ni días; por manera que ya se habían muerto cinco de nuestros soldados de dolor de costado en obra de quince días. También quiero decir que con este Pedro Barba vino un Francisco Lopez, vecino y regidor que fué de Guatimala, y Cortés hacía mucha honra al Pedro Barba, y le hizo capitán de ballesteros, y dió nuevas que estaba otro navío chico en Cuba, que le quería enviar el Diego Velazquez con cabi y bastimentos; el cual vino dende á ocho días, y venía en él por capitán un hidalgo natural de Medina del Campo, que se decía Rodrigo Morejon de Lobera, y traía consigo ocho soldados y seis ballestas y mucho hilo para cuerdas, é una yegua; y ni mas ni menos que habían prendido al Pedro Barba, así hicieron á este Rodrigo de Morejon, y luego fueron á Segura de la Frontera, y con todos ellos nos alegramos, y Cortés les hacía mucha honra y les daba cargos; y gracias á Dios, ya nos íbamos fortaleciendo con soldados y ballestas y dos ó tres caballos mas. Y dejallo he aquí, y volveré á decir lo que en Guacachula hacían los ejércitos mejicanos que estaban en frontera, y cómo los caciques de aquel pueblo vinieron secretamente á demandar favor á Cortés para echillos de allí.

## CAPITULO CXXXII.

Cómo los de Guacachula vinieron á demandar favor á Cortés sobre que los ejércitos mejicanos los trataban mal y los robaban, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho que Guatemuz, señor que nuevamente era alzado por rey de Méjico, enviaba grandes guarniciones á sus fronteras; en especial envió una muy poderosa y de mucha copia de guerreros á Guacachula, y otra á Ozucar, que estaba dos ó tres leguas de Guacachula; porque bien temió que por allí le habíamos de correr las tierras y pueblos sujetos á Méjico; y parece ser que, como envió tanta multitud de guerreros y como tenían nuevo señor, hacían muchos robos y fuerzas á los naturales de aquellos pueblos adonde estaban aposentados, y tantas, que no les podían sufrir los de aquella provincia, porque decían que les robaban las mantas y maíz y gallinas y joyas de oro, y sobre todo, las hijas y mujeres si eran hermosas, y que las forzaban delante de sus maridos y padres y parientes. Como oyeron decir que los del pueblo de Cholula estaban todos muy de paz y sosegados después que los mejicanos no estaban en él, y agora ansimesmo en lo de Tepeaca

y Tecamechalco y Cochula, á esta causa vinieron cuatro principales muy secretamente de aquel pueblo, por mí otras veces nombrado, y dicen á Cortés que envíe teules y caballos á quitar aquellos robos y agravios que les hacían los mejicanos, é que todos los de aquel pueblo y otros comarcanos nos ayudarían para que matásemos á los escuadrones mejicanos; y de que Cortés lo oyó, luego propuso que fuese por capitán Cristóbal de Olí con todos los mas de á caballo y ballesteros y con gran copia de tlascaltecas; porque con la ganancia que los de Tlascala habían llevado de Tepeaca, habían venido á nuestro real é villa muchos mas tlascaltecas; y nombró Cortés para ir con el Cristóbal de Olí á ciertos capitanes de los que habían venido con Narvaez; por manera que llevaba en su compañía sobre trecientos soldados y todos los mejores caballos que teníamos. E yendo que iba con todos sus compañeros camino de aquella provincia, pareció ser que en el camino dijeron ciertos indios á los de Narvaez cómo estaban todos los campos y casas llenas de gente de guerra de mejicanos, mucho mas que los de Obtumba, y que estaba allí con ellos el Guatemuz, señor de Méjico; y tantas cosas dicen que les dijeron, que atemorizaron á los de Narvaez; y como no tenían buena voluntad de ir á entradas ni ver guerras, sino volverse á su isla de Cuba, y como habían escapado de la de Méjico y calzadas y puentes y la de Obtumba, no se querían ver en otra como lo pasado; y sobre ello dijeron los de Narvaez tantas cosas al Cristóbal de Olí, que no pasase adelante, sino que se volviese, y que mirase no fuese peor esta guerra que las pasadas, donde perdiesen las vidas; y tantos inconvenientes le dijeron, y dábanle á entender que si el Cristóbal de Olí quería ir, que fuese en buen hora, que muchos dellos no querían pasar adelante; de modo que, por muy esforzado que era el capitán que llevaban, aunque les decía que no era cosa volver, sino ir adelante, que buenos caballos llevaban y mucha gente, y que si volviesen un paso atrás que los indios los ternían en poco, é que en tierra llana era, y que no quería volver, sino ir adelante; y para ello, de nuestros soldados de Cortés le ayudaban á decir que no se volviese, y que en otras entradas y guerras peligrosas se habían visto, é que, gracias á Dios, habían tenido vitoria, no aprovechó cosa ninguna con cuanto les decían; sino por vía de ruegos le trastornaron su seso, que volviesen y que desde Cholula escribiesen á Cortés sobre el caso; y así, se volvió; y de que Cortés lo supo, se enojó, y envió á Cristóbal de Olí otros dos ballesteros, y le escribió que se maravillaba de su buen esfuerzo y valentía, que por palabras de ninguno dejase de ir á una cosa señalada como aquella; y de que el Cristóbal de Olí vió la carta, hacía bramuras de enojo, y dijo á los que tal le aconsejaron que por su causa había caído en falta. Y luego, sin mas determinación, les mandó fuesen con él, é que el que no quisiese ir, que se volviese al real por cobarde, que Cortés le castigaría en llegando; y como iba hecho un bravo león de enojo con su gente camino de Guacachula, antes que llegasen con una legua, le salieron á decir los caciques de aquel pueblo de la manera y arte que estaban los de Culúa, y cómo había de dar en ellos, y de qué manera había de ser ayudado; y como lo hubieron entendido, apercebió